

SERENA VITALE, *La casa de hielo. Veinte pequeñas historias rusas*, traducción de Queralt Ciganda, Marbot Ediciones, Barcelona, 2014, 197 pp. ISBN: 978-84-92728-47-3.

Serena Vitale ha recogido un excéntrico ramillete de personalidades en esta obra suya que es *La casa de hielo. Veinte pequeñas historias rusas*. Un ramillete de colores exagerados, chillones, violentos y desmesurados. Por aquí se pasean de nuevo, como despertados del olvido, nombres y personajes que habían quedado enterrados bajo la polvareda que el interés histórico general levanta al pasar frenético por los hechos y personajes llamados propiamente históricos. Sergej Kamenskij, que dirigió una compañía de teatro de criados a base de palizas, el vicegobernador Š., aficionado a los funerales y amigo de los muertos, Elisabeth, la falsa heredera del trono de Isabel, o Van'ka Kain, ladrón que se ganó la protección del Estado, se reivindican aquí como protagonistas de la Historia, y sus historias contribuyen a la construcción de ese gran personaje literario e histórico que es Rusia y que, de la mano de nombres como Tolstói o Dostoievski, ya forma parte de nuestro imaginario.

Serena Vitale nos cuenta, pues, historias estrictamente reales. Transforma así la historiografía en literatura, y usa para ello un lenguaje desarrollado a través de la traducción y el estudio de autores como Vladimir Nobokov o Alexandr Pushkin, y que llega a nosotros mediante la traducción de Queralt Ciganda. El resultado de este híbrido literario-historiográfico es una realidad documentada al detalle con sabor a ficción exagerada. La narración, con su voz externa, tan neutral y eficiente, avanza a ritmo de cascada espesa, sin coger aire, imparable y lenta a partes iguales. Anécdota a anécdota, nos conduce a los finales tajantes e indiscutibles que pueblan las últimas páginas de estos cuentos. Así, de los datos recogidos y rescatados, Serena Vitale enlaza un argumento que abarca la vida entera del personaje.

El resultado de este ensamblaje es una sucesión de escenas que a veces avanza sin necesidad de hilo argumentativo. Nos encontramos ante una estructura de presentación y desenlace inevitable, con una coherencia interna difícil de ver, pero que es la coherencia que existe en nosotros y en el vagar de nuestro baile con la circunstancia. No son, pues, bibliografías lo que nos presenta Vitale, son entrecruzamientos y enmarañamientos de acciones, sucesos y personajes que a veces culminan en la construcción de una casa de hielo para el único propósito de alojar a dos bufones recién casados, o en la simulación de un paisaje nevado con toda la sal que pudiera comprarse en Moscú. Deseos excéntricos, genealogías, inventarios de objetos, rutinas estrictas y fechas exactas nos hablan de los personajes desde su particularidad, pero con ellos intuimos también una forma de vida que queda asociada para nosotros a la Rusia de los siglos XVIII y XIX.

La excentricidad, la obsesión y la meticulosidad impecable parecen ser una constante. De igual modo se nos muestran en los detalles de una casa de muñecas que en los métodos de tortura. La emperatriz Ana prohibió el color negro en palacio; así mismo, la sencillez no tiene cabida en estos relatos. Figuras altivas se nos presentan entre estas páginas, con un henchido orgullo en el pecho y un sentido de la dignidad tan grande que ni la enfermedad, ni la prisión ni el ridículo pueden disolver. Parece que todo deseo es cumplible para estos personajes y que la inmunidad moral es la regla. Pero solo lo parece. El aire de tragedia inunda estos relatos. La desmesura tiene su precio, las casas de hielo se derriten. La soledad, como la violencia, es compañera de estos protagonistas, sobre todo al final, cuando hace frío. En vida, el lujo, la fijación obsesiva, la realización de su voluntad encajaban en la creencia de que se es el centro, el protagonista de una historia de dimensiones gigantes pero que, no obstante, queda olvidada. Siglos después se encuentran siendo realmente protagonistas y, sin embargo, no podrían estar más estrechamente atados a esa Historia que nunca los mencionó.

Hay, detrás de esta obra, un verdadero trabajo de investigación. Una búsqueda de las migajas historiográficas que más de veinte personas dejaron al pasar por el bosque enmarañado que es formar parte de los demás. En esta edición que Marbot Ediciones nos ofrece, se nos referencian los recursos y las fuentes primarias de las que Serena Vitale ha extraído a piezas estas veinte pequeñas historias. Recursos que son un apoyo a la creatividad, pero también una limitación a esta, pues suponen un compromiso con la realidad pasada que solo puede vislumbrarse a través de estrechas mirillas que el propio pasado abrió de antemano. Se nos presenta así, en este libro, una perspectiva historiográfica muy particular que nos incita a reflexionar sobre qué queda documentado y cómo. La exagerada precisión de las exageraciones corroborada por los datos —la emperatriz Anna mató “nueve ciervos, dieciséis cabras, cuatro jabalíes, un lobo, trescientas setenta y cuatro liebres, sesenta y ocho ocas salvajes y dieciséis pájaros marinos grandes” entre el 10 de junio y el 26 de agosto de 1740, y el gato favorito de Vasilij Vasil’evič murió el 11 de julio de 1752— y la reconstrucción de estos relatos a partir de fuentes tan diversas no solo nos cuentan la historia de estos personajes, sino también la de sus huellas, las que dejaron al escribir una carta, al convertirse en recuerdos de los demás. Las historias que se nos presentan en *La casa de hielo* son reconstrucciones vitales que, a pesar de su estricta documentación, nos dejan con la sensación de que nunca podremos discernir la verdad de la verosimilitud.

Serena Vitale consigue con esta obra acercarnos a una Rusia más real, más particular y palpable sin soltarse de la mano de la literatura rusa y sus ventiscas. Nos abre una puerta —quizás sería mejor decir veinte— por la que nos asomamos a un mundo que creemos distante y por la que vemos cuántas puertas han quedado congeladas, inaccesibles. Sin darse cuenta, con el concepto de la obra y su intención, Serena Vitale no solo

Sara Acàmer, reseña de Serena Vitale, *La casa de hielo*

cuenta veinte pequeñas historias rusas, también cuenta las que nunca podrán escribirse, esas de las que siempre se ocupó la ficción.

Sara Acàmer Mateu